



27 de enero de 2021

Los ataques, acusaciones y demandas vuelan por todos lados. “Usted apoyó a Trump en las elecciones y es cómplice del ataque al Capitolio.” “Estás en el bolsillo trasero del Partido Demócrata.” “Hiciste del aborto el único tema en las elecciones.” “No fuiste lo suficientemente vocal en defensa de la vida.” “Necesitas ayudar a detener el robo.” “Exijo que afirme públicamente que Biden es el presidente legítimo.” “Dejaré la Iglesia porque tú también eres (elige su opción) ... conservador, liberal, silencioso, vocal, débil, fuerte.” Todos estos son mensajes que yo y probablemente todos los obispos del país hemos sido inundados en estos últimos meses y en realidad están empeorando. La ira y el vitriolo son palpablemente tóxicos.

Nuestras divisiones culturales, políticas y sociales, exacerbadas por COVID; las elecciones; y la violencia en nuestras calles y ciudades, lamentablemente, ha entrado en la Iglesia y está hiriendo gravemente nuestra unidad en Cristo. Ahora parece que tenemos católicos de Biden y católicos de Trump, quizás solo la última encarnación de católicos tradicionales y católicos progresistas, pero una división que es más ruidosa, con más coraje, y mucho menos comprometedora que todas las divisiones anteriores en el Cuerpo de Cristo. Cualquier palabra de moderación, acciones de conciliación, beneficio de la duda otorgado a otro punto de vista o intento de encontrar un término medio se descarta como traición y deslealtad a la verdad.

La mayoría de los católicos simplemente están tratando de vivir su fe, enfocarse en Jesucristo, lograr a ser santos y hacer la voluntad de Dios. Mucha gente tenía preguntas e inquietudes sobre algunas de las políticas y acciones del presidente Trump, al igual que muchas sobre el presidente Biden. Los obispos católicos de los Estados Unidos llamaron al aborto el problema “preeminente” que enfrenta nuestra nación debido a su mal intrínseco como la toma deliberada de vidas humanas en sus frágiles comienzos, pero “preeminente” no significa “solo.” Expresé este punto en mi carta el pasado septiembre. La Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos siempre ha tratado de trabajar con cada administración presidencial, apoyando políticas y programas acordes con la enseñanza moral y resistiendo aquellos que no lo son. El hecho de que el presidente Biden sea un católico bautizado que asista a Misa y afirme la fe como el principio rector de su vida, da mayor urgencia a la necesidad de desafiar aquellas políticas que se oponen a la enseñanza moral basada en la ley natural. Algunos pueden asumir erróneamente que la Iglesia está tomando partido político, pero sus acciones siempre están inspiradas por la verdad de la revelación de Dios y la dignidad de la persona humana. Y eso corta en ambos sentidos, ya que la Palabra de Dios es “más penetrante que una espada de doble filo.” *Hebreos 4:12*

Todos los católicos deben tener cuidado de participar en la vida política de una manera que refleje el Evangelio, pero el clero debe tener especial cuidado para que su actividad política sea coherente con su

O F F I C E O F T H E B I S H O P

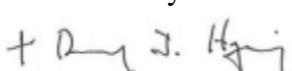
Diocese of Madison · 702 S. High Point Road · Suite 225 · Madison, WI 53719
Phone: 608-821-3002 · Fax: 608-440-2809 · Email: Officeofbishop@madisondiocese.org

vocación en la Iglesia. Obispos, sacerdotes y diáconos, como individuos y ciudadanos, obviamente pueden votar y tener opiniones políticas. Sin embargo, como líderes pastorales y miembros de la jerarquía, nuestra tarea es predicar y enseñar la fe católica a los laicos y exponer la prioridad revelada de las cuestiones morales (y, de hecho, el que los párrocos no prediquen las verdades de nuestra fe es fracasar en amar a nuestro pueblo). La tarea de los laicos es formar su conciencia y aplicar las enseñanzas de la Iglesia en las esferas de la política, la economía, la sociedad y la cultura. Los clérigos no deben expresar públicamente opiniones abiertas y puramente políticas sobre individuos, partidos, resultados electorales, el ciclo de noticias actual, ni participar en ataques ad hominem. Tales acciones amenazan con politizar a la Iglesia y dividir aún más a nuestro pueblo. Además, el derecho canónico impone límites legítimos a la participación del clero en actividades políticas. No se trata de ser tímido o políticamente correcto, permanecer neutral en cuestiones morales o proteger el estado de exención de impuestos de la Iglesia, sino de reconocer y honrar los roles respectivos del clero y los fieles laicos.

Tengo una sugerencia para todos, incluido yo mismo. Pasemos estos meses previos a la Pascua de Resurrección en oración más profunda, penitencia y limosna. En lugar de señalar con el dedo acusador a los demás, señalémonos a nosotros mismos. ¿Cómo puedo ser más paciente, amable, gentil y compasivo con los demás, especialmente con aquellos con los que no estoy de acuerdo? Sal de las redes sociales y ponte frente al Santísimo Sacramento. Deja de ver tantas noticias y comienza a leer las Buenas Nuevas. Dedique tiempo al servicio voluntario para ayudar a los pobres en lugar de escribir correos electrónicos enojados. Examine su conciencia con respecto a los pecados de calumnia, juicio precipitado, ira violenta y lenguaje malicioso. Y luego vaya a la confesión.

No estoy insinuando que debamos guardar silencio ante el mal, la injusticia y las malas acciones, pero debemos ceñirnos a las cuestiones morales y abstenernos de los ataques personales. Si ni siquiera deseamos sanar las divisiones entre nosotros, ¿cómo podremos redescubrir nuestra unidad en Cristo? La dolorosa experiencia de estos últimos meses me dice que nosotros, como seres humanos caídos, podemos convertirnos en divisivamente tribales. Nos asociamos instintivamente con las personas que piensan, actúan y viven como nosotros. Si bien esta puede ser una respuesta humana reflexiva debido a nuestra naturaleza caída, Jesucristo nos llama a una realidad mucho mayor, de hecho, a una unidad sobrenatural, fundada en la misma vida de la Santísima Trinidad. Jesús sirvió, amó, murió y resucitó de entre los muertos para establecer un Nuevo Pacto en Su Sangre, una humanidad redimida de cada raza, tribu y lengua, incorporando cada cultura, nacionalidad, clase y pueblo en la Iglesia. Para nosotros los cristianos, el agua es más espesa que la sangre, porque la comunión que descubrimos en las aguas del Bautismo es mucho más profunda y significativa que los lazos de raza, nación, partido político e incluso familia. Si estamos unidos en Cristo como Su Cuerpo Místico, ¿cómo podemos seguir destrozándonos unos a otros? Somos hermanos y hermanas en Cristo.

“Pero si se muerden y se devoran unos a otros, ¡cuidado!, que llegarán a perderse todos.” *Gálatas 5:15*
Bendiciones y oraciones,



+Donald J. Hying
Obispo de Madison